

LA MUJER DE LA PUERTA

No esperábamos nadie que algo así nos pudiese ocurrir. El virus nos golpeó con más violencia de la que podríamos haber imaginado. Pero a pesar de la dureza de las circunstancias, la pandemia sirvió para realizar un cambio en mi forma de ser y de pensar. Antes de todo aquello, todas mis preocupaciones eran las de no perder el trabajo y llegar sin muchos problemas a fin de mes.

Los primeros días de confinamiento, cuando no podíamos salir de casa más que para comprar algo de comida, resultaron muy severos. Cuando entramos en la fase en la que ya podíamos salir un par de horas a dar un paseo, yo continuaba acudiendo al supermercado más o menos a la misma hora. Durante tres o cuatro días vi que cerca de la entrada del establecimiento permanecía sentada en el suelo una mujer de unos treinta años, siempre con un niño de pocos meses en sus brazos y que mostraba la palma de la mano vuelta hacia arriba. Cuando pasé a su altura, la miré a la cara por primera vez. Ella cruzó la mirada conmigo y lo que vi en aquellos ojos me turbó profundamente. Era una mirada de resignación, de quien ha perdido el futuro y ya no espera nada de la vida sino poder sobrevivir. Era una mirada que me transmitió la soledad de quien alguna vez había tenido alguien que la amaba y alguien a quien amar, que había tenido un trabajo, quizá como el mío, unos padres, unos sueños, pero ahora lo había perdido casi todo. Todo menos a su hijo pequeño de quien era responsable.

Al quinto día me fijé que en la cola de la caja para pagar, dos clientes por delante de mí, había una anciana a la que yo conocía de vista del barrio. Su cuerpo era menudo, pero la sonrisa afable no abandonaba nunca su cara. Sus lentos movimientos denotaban su edad avanzada, acentuada por su espalda encorvada y una ligera cojera. Sus ropas se mantenían limpias, pero se notaba que las llevaba usando mucho tiempo. Pensé que la pensión no le llegaría para mucho. La cajera la saludó con afecto, pues también era clienta habitual.

- Buenos días, Doña Lolita. Tenga cuidado de no contagiarse. No queremos dejar de verla por aquí.
- Hola, cariño – respondió ella -. Espero daros la lata mucho tiempo todavía.

Cuando hube abonado el importe de mi compra en la caja, salí por la puerta a tiempo de ver a Doña Lolita agachada frente a la mujer con el bebé ofreciéndole una bolsa con algún tipo de alimento. Miré la cara de la madre y detrás de su mirada triste pude percibir un sincero sentimiento de agradecimiento. No era como la de los que te piden un euro para comer y sabes que luego se lo van a gastar en tabaco o en algo peor. Pensé en lo que habría tenido que pasar aquella pobre mujer para llegar a verse abocada a la indignidad de pedir limosna para ella y para su hijito. Me propuse comprar algo al día siguiente para

ofrecérselo, aunque mi economía, ahora sin trabajo, no era precisamente boyante.

Pero llegó el día siguiente y se me olvidó lo que me había propuesto hacer. Al salir del supermercado volví a coincidir con Doña Lolita dándole a la mujer en esta ocasión una caja de madalenas. Mañana, pensé, mañana no se me olvida. Pero se me volvió a olvidar. Sin duda no le había dado la misma importancia al asunto que para la joven madre tendría. Yo podía permitirme el lujo de comer todos los días, pero a lo mejor ella no. Lo primero sería para su niño.

Durante los días siguientes no volví a ver a la mujer ni a su bebé. Aquel hecho me extrañó, pues no solía faltar a su lugar en el suelo y llegué a olvidarme de ella. Pero la semana siguiente, la víspera de Nochebuena, comprobé que casi en el mismo lugar que había ocupado, se sentaba otra mujer algo más joven, pero con la misma mirada triste de la otra. Recuerdo aquel día en el que presencié el hecho que me hizo cambiar radicalmente. Desde dentro del supermercado, a través de las puertas de cristal, vi salir a la madre del niño con varias bolsas de compras. Me quedé pasmado cuando vi que al pasar por delante de la joven del suelo, se agachaba y le entregaba una de las bolsas, que esta agradeción con una sonrisa.

Aquello me dejó confuso y sin pensarlo salí a la calle y le dije a la joven madre:

- He visto lo que has hecho y no lo entiendo. Antes necesitabas ayuda para comer y ahora le regalas comida a esta chica. ¿Cómo es eso?

Ella asintió entendiendo mi confusión y respondió con su acento extranjero:

- Antes lo necesitábamos mi hijo y yo, pero Doña Lolita me ha ofrecido cobijo y comida a cambio de hacerle compañía dándome una nueva esperanza para una nueva vida. Por eso, ahora que no necesito mucho, prefiero ayudar a otra persona que lo necesite más que yo. Además ya acabo de decirle que Doña Lolita la invita a cenar con nosotras esta noche.

Fue toda una revelación. Me quedé allí pasmado mientras ella volvía a sonreír y se marchaba con las compras de la anciana Doña Lolita. Acababa de comprobar con mis propios ojos que muchas veces, quien menos tiene es quien más da. Desde ese día, sobre la misma hora y sin olvidarme, entrego a la joven de la puerta una bolsa de fruta, un paquete de galletas o una lata de conservas.